

Ciencia, inversión pública y desarrollo

José Sarukhán

Quiero antes que nada agradecer al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), y muy en especial a su director general, el ingeniero Jaime Parada, la organización de este acto que mucho me honra y aún más aprecio.

Agradezco a todos ustedes su presencia esta noche aquí y el haber hecho un espacio en sus muy diversas ocupaciones.

Es muy grato compartir con todos ustedes el honor que constituye haber sido electo a la Royal Society, cuyo nombre completo, por cierto, es el de Royal Society of London for Improving Natural Knowledge. Como su nombre lo indica, la Sociedad trataba sobre el "conocimiento natural", en el sentido del área de conocimiento llamada filosofía natural y que se practicaba ya desde la primera mitad del siglo XVII por importantes personajes del mundo intelectual europeo. Entre ellos se encontraba un buen número de los que serían sus originales doce miembros, quienes se reunieron por primera vez el 28 de noviembre de 1660 a escuchar la conferencia impartida por uno de ellos, el famoso arquitecto de la catedral de San Pablo, Christopher Wren.

Usualmente se adjudica a Carlos II la fundación de la Sociedad, pero en realidad todo lo que el rey hizo fue formalizar y darle rango de Real a una organización que los miembros habían fundado por su propia iniciativa desde unos años antes. Una vez formalizada como Real, la Sociedad tuvo a su primer presidente: Lord Brouncker.

Debo decirles que es un sentimiento muy extraño pertenecer a una agrupación que ha tenido en sus casi tres siglos y medio, y actualmente tiene, personajes por los que he sentido una profunda admiración desde que tengo memoria académica, y que son motivo de inspiración intelectual y humana. Y también debo confesarles que, como se dice, aún no me acaba de "caer el veinte".

Lo que sí me queda claro es que éste es un reconocimiento que no puedo asumir sin compartirlo, primero con la institución a la que pertenezco, la UNAM, de la que he recibido todo lo que académicamente he logrado y que presumo fue el principal motivo por el cual fui electo a la Royal Society por su membresía y avalado, según sus recién estrenadas normas, por evaluadores internacionales, externos a la Sociedad. Y me queda claro que también lo comparto con todos los colaboradores, más que alumnos, con quienes he tenido el privilegio de trabajar desde hace unos treinta años.

Siento también que esta distinción, más que en lo personal, es un

reconocimiento a la actividad académica mexicana relacionada con la investigación, no solamente en las ciencias naturales, sino también en las ciencias sociales y en las humanidades. Es de resaltarse el hecho, especialmente significativo, que el acto haya sido convocado por el organismo que, con todo y sus claroscuros, ha ayudado a impulsar, desde hace tres décadas las actividades de investigación en nuestros centros de educación superior y de investigación. Todos quienes en nuestro país hemos sido partícipes activamente en este trabajo académico por más de un cuarto de siglo, podemos atestiguar cambios realmente importantes en las condiciones y recursos necesarios para nuestra actividad y creo que podemos relatar diferentes historias al respecto.

En particular, guardo una experiencia personal aun antes de tener un puesto de investigación en la UNAM.

Ocurrió cuando estaba planeando mi salida a hacer el doctorado, al final de los años sesenta. Había ya escogido la universidad y el supervisor de tesis, lo cual en retrospectiva ha sido una de las decisiones más acertadas de mi vida académica. Sin embargo me faltaba conseguir la beca para mis estudios. En ese momento yo no trabajaba en la UNAM y no existía aún el Conacyt, sino su antecesor que era el Instituto Nacional de la Investigación Científica. Era ésta la única opción que me parecía posible para tener una beca, de manera que entregué mi solicitud, explicando el área en la que quería obtener mi doctorado. Después de algunas semanas, recibí una atenta respuesta en la que se me informaba que el INIC lamentaba no apoyarme en mis estudios debido a que la ecología no estaba entre sus prioridades.

Aún guardo la carta como una muestra de cómo las cosas han cambiado, en su mayoría para bien, en los últimos 30 o 40 años.

La sensatez que debiera regir en estos actos indica que aquí tendría que terminar mis palabras y sentarme.

Sin embargo quisiera compartir con ustedes, además del gusto por esta ocasión, unas pocas reflexiones. Espero ser breve y dejarlos descansar pronto. El primero se refiere al hecho de que siento que este tipo de actos debieran ser ocasiones mucho más frecuentes e igualmente significativas, si el tamaño de nuestra comunidad académica de investigación fuese mucho más grande. Y mucho más grande es, para mí, por lo menos un orden de magnitud mayor. Hace poco, en el acto de recepción del doctor Mario Molina como miembro de El Colegio Nacional, comentaba que la probabilidad de contar con premios Nobel en una sociedad se asemeja en cierta forma a jugar a la lotería: entre más billetes se compran, más probabilidades se tiene de obtener el premio mayor. Por el tamaño de nuestra comunidad académica de nivel superior, en México aún compramos muy pocos billetes en esa lotería imaginaria, cuando

menos de uno de cada cinco jóvenes de nuestro país tienen oportunidad de ingresar a algún tipo de enseñanza superior. Los países con los que queremos competir poseen tasas de ingreso al nivel superior, no de unos cuantos puntos porcentuales por arriba del nuestro, sino de entre tres y cuatro veces mayores. La segunda reflexión que deseo compartir con ustedes, se refiere a una visión del posible futuro de nuestra actividad en México y tiene consecuentemente a las nuevas y futuras generaciones de investigadores como sujeto central. Desde hace más de una década, la actividad académica está constreñida por un círculo vicioso que parece no tener salida y que de no resolverse, nos mantendrá indefinidamente sin cambios relevantes, sin posibilidades de expansión numérica y cualitativa significativas y finalmente, peleando como ha sido el caso durante ya muy largos años, por migajas presupuestales. Romper este círculo vicioso requiere, sin duda alguna, de un esfuerzo organizado y compartido por varios sectores de la sociedad donde cada uno debe jugar papeles importantes y cumplir con responsabilidades intransferibles.

He mencionado ya muchas veces en el pasado que para lograr un sentido de propósito común sobre el rumbo que los mexicanos queremos para nuestro país, debe darse una verdadera y efectiva coordinación entre el gobierno como un todo, el sector productivo y la comunidad académica, representada esta última en sus instituciones de educación superior e investigación.

También he mencionado, en repetidas ocasiones, que ninguno de los países con los que tan reiteradamente nos comparamos como puntos de referencia, ha logrado su desarrollo social y económico sin haber tenido como apoyo una muy cercana coordinación y colaboración entre esos tres sectores de la sociedad.

Han existido en el pasado en México, y lo hacen ahora en el presente, instancias cuyo propósito ha sido el de lograr esta coordinación. Pero será muy difícil lograr el cometido de esos organismos si cada una de las partes no toma de manera plena sus responsabilidades. Con esto quiero decir: Que el Gobierno como un todo, no solamente Conacyt, debe asumir el papel rector en esta coordinación, definiendo de una vez por todas, políticas reales de desarrollo industrial, propiciando crecientes y atractivos estímulos fiscales para la inversión privada en investigación por parte de la industria, así como adecuando la educación media superior y superior para que sean proveedoras del capital humano preparado para esas prioridades de desarrollo industrial. Que el sector privado nacional, especialmente el productivo, se convenza de que sin la inversión en investigación y desarrollo, indefectible y permanentemente estará fuera del primer lugar en la competencia económica mundial, además de contribuir a la construcción de una nación de prestadores

de servicios y no de creadores de ingenio, de riqueza y de oportunidades de desarrollo para sus habitantes.

Que nosotros, quienes formamos parte del tercer componente de este triángulo, los académicos e investigadores, asumamos que en nuestro quehacer, además de realizar investigación de la más alta calidad y de formar a nuevas generaciones, tenemos que añadir un elemento de pertinencia de nuestra actividad, pertinencia que sea crecientemente palpable por la sociedad, y que contribuya a la solución de los muchos y reales problemas que la afectan. Sería injusto negar que en cierta medida esto ha ido ocurriendo. Están ahí de ejemplo las contribuciones a la mejoría de la salud de los mexicanos o el desarrollo de la infraestructura física del país, producto de la ingeniería mexicana, o los estudios que han permitido conocernos mejor como sociedad y entender y aprovechar mejor los recursos de nuestro entorno natural.

No obstante, de alguna manera, la sociedad frecuentemente no relaciona esos logros con la actividad de los lugares donde se generan y que son fundamentalmente las instituciones públicas de educación superior e investigación, los institutos nacionales de salud, entre otros.

El sentimiento de desconexión que la sociedad tiene entre la actividad de investigación y los problemas que la afectan no es, por cierto, un problema endémico de nuestro país; ocurre incluso en aquellos más avanzados.

Como resultado de ello se ha generado un creciente llamado en los foros internacionales, en los que nuestra comunidad de investigación ha participado, para establecer un nuevo contrato con la sociedad, como una nueva e importante responsabilidad social de la comunidad académica en los términos propuestos por Federico Mayor, cuando era director de UNESCO y más cercanamente aplicado a problemas relacionados al alcance del desarrollo sustentable por Jane Lubchenco, ex presidente de la AAAS.

Bajo este nuevo contrato social, la comunidad científica invertiría, en forma adicional a su tradicional trabajo de investigación básica, una creciente proporción de sus esfuerzos a atender agendas de investigación y desarrollo que se enfoquen a contribuir a la solución de problemas que afectan a la sociedad, en especial aquellos que reflejen metas hacia el desarrollo sustentable, determinadas en conjunto con la sociedad. En correspondencia, la sociedad se comprometería a invertir recursos de manera adecuada para permitir esa mayor inversión de tiempo de la comunidad científica que redundaría en una mejoría de las condiciones sociales, económicas y ambientales que la afectan.

Para que lo anterior ocurriese de forma más fluida, los diversos niveles de gobierno de México deberían ser los principales usuarios del conocimiento generado acerca de nuestra naturaleza y nuestra sociedad por la comunidad

académica. Pero no lo son, o no en la medida en que deberían serlo. Los fondos sectoriales propuestos por Conacyt que apenas inician, constituyen un muy buen avance en este sentido, siempre y cuando se mantengan e incrementen los fondos dedicados a ellos y que, crecientemente, las decisiones de política pública sean más de Estado, basadas en información sólida y confiable y menos de coyuntura política.

Como se ve, el camino que el país tiene que recorrer en la búsqueda de una mejor calidad de vida para todos los mexicanos no es uno cubierto de miel sobre hojuelas.

El panorama, con certeza, se tornará mucho más complejo si cada uno de los actores a los que he hecho referencia, incluyéndonos nosotros, miembros de la comunidad académica de investigación, no juega su papel de la forma más responsable, comprometida y coordinada con los otros componentes de la tríada.

Insistir en hacer las mismas cosas durante todo el tiempo y esperar a que se produzcan nuevos resultados es un signo de demencia. Tenemos que tomar acciones en el sentido referido antes y nuestra comunidad tiene la motivación y la inteligencia para hacerlo.

Debo terminar aquí, pero antes de hacerlo quiero reiterar mi sincero agradecimiento al Conacyt y a su director general ingeniero Jaime Parada por este emocionante acto y a todos ustedes por haberse tomado la molestia de acompañarme al mismo.

* Discurso en el acto organizado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, el 17 de junio de 2003, con motivo del ingreso del doctor José Sarukhán a la Royal Society.